

ESTEBAN CALLE ITURRINO

Calle Iturrino es un valor consagrado de la moderna poesía en lengua castellana. Por si no bastaran obras precedentes, su libro de sonetos «Vida, Amor y Muerte», que tanta resonancia tuvo al ser publicado en 1947, da prueba cumplida de esta afirmación. En lo formal, se aleja de las líneas más recientemente marcadas, permaneciendo fiel a las estructuras poéticas tradicionales.

ONCE CANCIONES A MIS HIJAS

PRELUDIO RELIGIOSO

Estoy clavado, Señor,
en la cruz de mi dolor,
pero te ofrezco esta cruz
para que la de tu amor
me llene el alma de luz.

Quizá porque te olvidé,
para volverme a la fe
me has herido el corazón;
si grande la culpa fué,
¡qué dura la expiación!

Me diste, Señor, el ser
con tantas ansias de amar
y avidesces de placer,
que creí que era nacer,
en el paraíso entrar.

Por la cúpula del cielo
audaces alas batí,
y en la plenitud del vuelo
fui a caer cerca del suelo
donde mis alas abrí.

Me acogió el materno hogar;
en él la llama de amor
nunca se suele apagar,
en él hay siempre un altar
para adorarte, Señor.

Y a la hora del regreso
sentí que aliviaba el peso
de mi agobiador pasado
aquel tibio y casto beso
por el que fui perdonado.

En un abismo profundo
me sumí en la juventud,
y hoy contemplo, gemebundo,
lo que más amé en el mundo
pudrirse en un ataúd.

En su sueño alucinante
no vió el alma envanecida
que compraba delirante
por el placer de un instante
todo el dolor de mi vida.

Mas, como amor, creador,
crea formas soberanas,
vi reflorar mi amor
en el lozano esplendor
de dos bellezas humanas.

Mis hijas ¡ay!, sin ventura;
dos prodigios de hermosura
que con cuerpo y alma en flor
fueron a la sepultura
en los brazos del dolor.

Sin ellas, ¿qué bienandanzas
guarda el mundo para mí?:
todo al perderlas perdí,
y no tengo otra esperanza
que aquella que busco en ti.

Crucifijo que adornaron
sus manos enclavijadas,
imagen que contemplaron
ojos que hasta te adoraron
con las pupilas vidriadas.

Misterioso confidente
de nuestra suprema hora,
cuando el labio balbuciente
te pide que hagas, clemente,
de nuestro ocaso una aurora.

Mi seca boca insaciada
en ti busca todavía
alguna gota salada
aun en tu marfil cuajada
del sudor de su agonía.

Sus sombras me regeneran,
y seré hasta que sucumba
sólo y siempre, lo que quieran
los ángeles que me esperan
en el borde de una tumba.

Pálido y encanecido
llegar allí me verán
demacrado, consumido
por todo lo que he sufrido;
no me reconocerán.

Cuando en sus brazos piadosos
por espacios luminosos
llegue mi espíritu a Ti,
con los labios temblorosos
me verás rezar así:

"Sufrió, clavado, Señor,
"en la cruz de mi dolor,
"pero bendigo esta cruz
"que me hace ver el fulgor
"de la verdadera luz".

MARI CRUZ

Como río de palabras
por el valle de mis sueños
corría el caudal sonoro
de mis versos;
mas, desde que me dejaste
se me quedó el cauce seco
y ya sólo con sollozos
sé expresar mis sentimientos.
¡Mis lágrimas, hija mía,
me lo llenarán de nuevo!

ANA MARIA

Murió en un día de enero,
nació en un día de abril;
diez y ocho veces la flor
del almendro vió surgir.

Fué el dolor su compañero
desde el principio hasta el fin,
pero, ni pisando espinas
dejó nunca de reír.

¡Pobre inválida, tan linda,
tan alegre, tan gentil!...
Apoyada en sus muletas
nos decía, "soy feliz,
pues me basta ver el sol,
a los pájaros oír
y conservar unas flores
que alguien corte para mí".

Abrió un día a la esperanza
sus alas de serafín;
quiso salvar en un vuelo
aquel abismo, ¡infeliz!,
que vió siempre abierto ante ella
entre el gozar y el sufrir.

Su corazón dolorido
no resistió el frenesí
de aquel esfuerzo supremo,
y al empezar a batir
tremantes alas, moría
sin dejar de sonreír.

Después de haberte enterrado,
cómo nevaba ¡ay de mí!;
era el vestido de novia,
con azahares y jazmín,
que los ángeles del cielo
reservaban para ti.

MARI CRUZ

“¡Qué noche tan larga”, dijiste,
con la voz angustiada y quebrada!:
yo también, como tú, me decía:
“¡qué noche tan larga!”.

Mas al fin para ti, bien perdido,
llegó la mañana,
y con ella la hora de abrir a los cielos
angélicas alas.

Yo en la tierra quedé desolado,
sin un rayo de luz en el alma,
para estar repitiendo ya siempre:
“¡qué noche tan larga!”.

ANA MARIA

La canción de tus muletas:
tá... tá... tá...
acompañaba mi vida
y era ritmo de mi afán.

La canción de tus muletas:
tá... tá... tá...
fue la música monótona,
cotidiana, de mi hogar.

La canción de tus muletas:
tá... tá... tá...
¡qué alondra madrugadora!
¡qué ruiseñor vespéral!

La canción de tus muletas:
tá... tá... tá...
por las íntimas estancias
¡ya nunca resonará!

¿Qué me dice este silencio
que reina en mi soledad?:
que el dolor conforta el alma
cuando se sabe llevar
como llevabas el tuyo,
criatura angelical,
con resignación cristiana,
con fervorosa piedad,
como se lleva una ofrenda
de sacrificio al altar.

La canción de tus muletas:
tá... tá... tá...
ya se extinguió para siempre,
ya no la oiremos jamás.

La canción de tus muletas:
¡quién la volviera a escuchar!

INTERMEDIO

Mi hogar ayer tan lleno de risas y de cantos,
mi hogar, fiesta perenne de gracias femeninas,
hoy está silencioso, como esos camposantos
perdidos entre gándaras por rutas campesinas.

Recorro las estancias con pasos vacilantes,
a dos sombras amadas frenético persigo
y aun creo que me esperan, cual me esperaban antes
cuando yo las llevaba de la mano conmigo.

Y al encontrarme solo, cercado por las cosas
que conservan las huellas de sus manos piadosas,
inútilmente clamo con mi voz dolorida:

“¡Y no sentir el vago perfume de sus rosas!”.
“Y no escuchar ya nunca sus voces melodiosas!”.
“Y no volver a verlas jamás en esta vida!”.

ANA MARIA

¡Ay!, el llanto
me ahogaría
si no supiera cantar.
Con mi canto
mi dolor se hace armonía,
y por eso, todavía,
puedo vivir y soñar
inocente Ana María,
y esperar
morir, para descansar
en tus brazos, hija mía.

MARI CRUZ

¿Cuál fué la imagen postrera
reflejada en tus pupilas?:
¿cuál el último recuerdo
que te conmovió, hija mía?:
¿qué pudieron ver tus ojos
al abandonar la vida?:
¿sobre qué se apacentaban
al empezar tu agonía?
¿qué contemplaban absortos
cuando los míos veían
cómo la muerte vidriaba
de los tuyos las retinas?:
¿fué el umbral del paraíso?:
¿fué la inefable sonrisa
de la Virgen?: ¿fué la escala
desde los cielos tendida
por arcangélicas manos?:
¿qué increada luz divina
te deslumbró aquel instante?:

Fué celeste maravilla
que reveló, ya cercana,
para ti, la eterna dicha,
porque tremaban tus manos
y tus labios sonreían!...

ANA MARIA

Ana María,
bella hija mía,
purificada
por el dolor;
con cuánto aliño
por mi cariño
fué cultivada
tu vida en flor.

Desde la hora
desoladora,
que tu destino
te dió una cruz,
quise guiarte
para llevarte
por un camino
lleno de luz.

Yo te amparaba,
yo mitigaba
con tenaz celo
tu invalidez;
¡ay!, yo quería
tu compañía
para consuelo
de mi vejez.

Padre y amigo,
solo contigo
siempre gozoso
peregriné;
fué en mi existencia
tu adolescencia
lo más hermoso
que contemplé.

Tan luminosa,
tan armoniosa,
tan leve y clara,
linda y gentil,
y con aquella
divina huella
que revelara
tu alma sutil.

Para mí fuiste
de cuanto existe
suprema forma,
puro ideal,
para mí era
tu primavera
canon y norma
de lo inmortal.

Si a paso lento
tu sufrimiento,
pobre tullida,
te condenó,
yo fui el constante
fiel caminante
que de por vida
te acompañó.

Ahora errabundo,
por todo el mundo
con afán loco
te buscaré;
todo te nombra,
mas ni la sombra
que tanto evoco
nunca veré.

¿Nunca? ¡Quién sabe!
flor, fuente y ave
desde tu muerte
me hablan de ti;
dicen que un día,
¡oh Ana María!,
volveré a verte
cerca de mí.

Pero entretanto
con triste canto
lloro mi amarga
desolación,
y es la existencia
sin tu presencia,
penosa carga
del corazón.

Como romero
que por sendero
lleno de abrojos
ha de ascender,
voy en andanza,
con la esperanza
de que mis ojos
te puedan ver.

Hasta ese día
mi Ana María,
solo un consuelo:
llorar; llorar;
y mientras dura
mi desventura,
mi único anhelo:
cantar, cantar.

ANA MARIA

Fué en un día de abril, cuando Sevilla
se ofrece a los solares resplandores
como una incomparable maravilla
de reflejos, de aromas, de colores.

De fe acendrada y pura dando ejemplo,
quiso rendir su admiración primera
en aquella capilla de aquel templo
que toda España con fervor venera.

¡Jesús del Gran Poder!; reveladora,
suprema imagen del dolor divino,
la luz para ella fué, deslumbradora,
que halla toda mujer en su camino.

“Llévame, quiero verle”, me decía,
“una cosa pedirle me interesa”;
yo entre besos llevarla prometía
y al fin pude cumplirle mi promesa.

Del templo en el umbral, veló su frente,
signóse con la Cruz y, temblorosa,
por mi brazo amparada, lentamente
atravesó la iglesia rumorosa.

Allí estaba la imagen adorada,
Jesús, inspirador de las saetas;
¡cómo la vi acercarse fascinada
y al pausado compás de sus muletas!

Y mientras ella con afán rezaba,
juntas las manos sobre el casto pecho,
yo en su fatal invalidez pensaba
con mi angustiado corazón deshecho.

Quise rezar, no pude; inútilmente
luché conmigo mismo; intento vano
fué pretender que repentinamente
recuperase mi fervor cristiano.

Entre el ayer y el hoy se interponía
la noche de una vida borrascosa;
"Padre nuestro", empezaba, y no podía
llegar al fin de la oración piadosa.

Cuando salimos desprendióse el velo,
me miró complacida y sonriente
y con ansias de sol, de luz, de cielo,
a las alturas elevó su frente.

"Con qué piedad, la dije, has implorado,
"para que la ventura te procure;
"¿quién, viéndote rezar como has rezado,
"puede dudar de que Jesús te cure?".

"No", repuso en voz baja y ruborosa;
"como en su santa voluntad confío
"le he pedido otra cosa": ¿qué otra cosa?:
"que vuelvas a ser suyo, padre mío".

No sé lo que sentí; me quedé inerte,
sin razón, sin palabra, sin latido,
como si la congoja de la muerte
me hubiera el corazón entumecido.

Después, absorto ante grandeza tanta,
por su espíritu excelso deslumbrado,
"¡Oh santa, prorrumpí, mil veces santa!",
y caí junto a ella arrodillado.

En su postrer instante, sin aliento,
al borde del abismo de la nada,
olvidando también su sufrimiento,
me dijo, "piensa en El", con la mirada.

Cuando vuelva, Señor, para pedirte
por su eterna ventura desolado,
trémulo y sollozante iré a decirte:
"¡Divino Redentor, ya lo has logrado!".

FINAL ESPERANZADO

Sin vosotras estoy, ángeles míos:
¿qué será sin vosotras mi existencia?:
una larga y penosa penitencia,
un vértigo de locos desvaríos.

Todos mis días ya serán sombríos,
¡oh noche interminable de la ausencia!
no prestándoles luz vuestra presencia,
para mí tierra y cielo están vacíos.

Sólo espero la hora deseada
de llegar a mi fúnebre morada
con la ofrenda mortal de mis despojos;

entonces, vuestras manos amorosas
recogerán mi espíritu piadosas,
y volveré a mirarme en vuestros ojos.

